

El Peregrino

Alejandro Gutierrez Ramos

Image not found.

Capítulo 1

El Peregrino

Era una mañana fría, algo extraño para aquella época, Clemente Balmoral se encontraba sentado en el pórtico de su casa desde las 4 de la mañana como era de costumbre, era un anciano de unos 80 y tantos años, de ojos azul celeste, piel blanca y una mata de cabello nevado, no se precisaba muy bien su edad, puesto que en su semblante se notaba un brío enérgico que actuaba como elixir de eterna juventud en contra de su verdadera longevidad, se había instalado desde hacía ya varios años en la pequeña casa abandonada de madera blanca al final de Macondo, simplemente llegó como si nada, vestido con uniforme militar y cientos de insignias colgadas en su pecho, cual pequeño emperador francés, con una maleta militar escuálida de soldado raso, ante la mirada vaga de unas cuantas personas. Aquella mañana había visto el amanecer como tantas veces, sin embargo esta vez había escrutado el cielo matinal con una mirada nostálgica dejando escapar una pequeña lágrima. Eran ya las 8 de la mañana y se disponía a realizar su rutinaria caminata a lo largo del pueblo hasta mediodía, pero en ese momento, llegó intempestivamente el niño Nicanor bañado en llanto y con la partitura en sus manos hecha trizas.

Coronel, perdóneme, no pude hacer nada, mi madre lo destruyó frente a mis ojos. El anciano sonrió y contesto: Tranquilo, ya no lo necesitabas. El anciano tomo al pequeño niño de la mano, como un abuelo a su nieto y se dirigieron a la fonda de María la larga, desayunaron unos huevos revueltos y un café negro cada uno, salieron de la fonda y continuaron su camino hacia la casa de Chela, una joven vivaz, de maneras dulces, extrovertida y difamada por los lugareños de ser prostituta por la simple razón de que vivía sola. Clemente golpeo fuertemente la puerta con el león del mango de su bastón, abrió Chela, con el cabello negro recogido y con un vestido largo, blanco con flores amarillas.

Señor Coronel-saludó enérgica con un ademán militar- Ah! y el nene Nicanor, no espere que estuvieran tan temprano hoy, pero sigan, acomódense, están en su casa, como siempre.

Chela, te lo he dicho muchas veces, no merezco tan abominable título-contestó algo molesto, mientras se acomodaba en el gran sillón vino tinto. Sí, lo sé, pero ¿Qué hago, si le queda de maravilla?-respondió con una sonrisa despampanante. Nicanor se sentó frente al piano, alegre y con un aire de placer singular, estiró sus dedos, y comenzó a tocar, mientras Chela se desocupaba y así ella empezara con la lección. Mientras tanto, Clemente tomó la biblia que estaba cerca y la leyó como era de costumbre mientras Chela y Nicanor tocaban el piano, para él, aquellos ratos eran la felicidad que no había hallado en su larga vida. Vestía con una guayabera blanca, un simple pantalón avellana, las sandalias color roble, y el

distintivo bastón negro, aquella indumentaria le daba un aire de patriarca eterno. Chela comenzó a instruir a Nicanor de manera dulce, pero con el extraño pensamiento de que sería la última lección. Clemente cerró por un momento sus ojos, cayó en un profundo sueño, los sonidos eran muchos, agudos, graves, notas de piano, de chelo, un violín se dejó escuchar, de repente un silencio atronador, se encontraba en la casa de sus padres, su madre le decía con un eco altísimo: Todos los ciegos pueden ver la luz de un nuevo amanecer, cambió la escena, un hombre tocando piano, la gente lo ovacionaba, aplausos de multitudes, otro sueño, una actriz famosa, cientos de hombres la deseaban, sonrisa despampanante. Despertó asustado, empapado en sudor ante la mirada atónita de Chela y el niño, caía la noche, había dormido más de 8 horas, en su mente retumbaba la frase de su madre en el sueño, era tiempo de volver, una deuda de sangre. Se despidió de Chela, después de tranquilizarla, el niño se despidió afectuosamente de Chela, Balmoral tomó al niño de la mano fuertemente y caminaron en dirección a la casa de Nicanor, Chela les gritó ya cuando iban lejos: Los espero mañana, no se olviden de mí, con un aire de desconcierto en su rostro.

Después de haber dejado a Nicanor en su hogar, despidiéndolo con un revuelo de cabello, y con la consigna al oído: Sé humilde ante el mundo. Palabras que el niño no descifro hasta muchos años después, cuando se encontraba en la cúspide de su vida, llego a su nostálgica casa, leyó por un momento la biblia, oró por un buen rato, escribió una nota, y empaco su ropa en la vieja maleta miliar, tomó un café, y luego fue a su cuarto, para tomar una siesta.

Nicanor tomo la nota que se intentaba colar por la puerta, la leyó y raudo corrió a casa de Chela, leyeron la nota con lágrimas en los ojos y llenos de desconcierto. La joven recordó la tarde veraniega en la que el coronel se presentó en su casa con el niño, con el motivo de enseñarle a tocar piano, Clemente le pagaría las lecciones en la última clase, ella accedió más por diversión que por interés económico. La nota decía: Debo partir, Señorita Diana, le dejo mi casa y todo lo que ella contiene como pago de las lecciones del muchacho, tendrás un gran futuro, y a ti Nicanor, no olvides nunca de dónde has venido, estarás entre los mejores, pero debes ser humilde, esfuérzate, de ti depende todo. Firmado Coronel Clemente Díaz Balmoral. Mucho tiempo después Nicanor en su mente imaginaría como el Coronel había partido con su traje militar, atestado de insignias, la maleta de soldado raso, en aquella mañana de agosto, dejando a sus espaldas huérfanos a una actriz y un pianista, y al mítico Macondo.

Alejandro Gutiérrez Ramos.